

PASCUAL GIL ARPA, EL MAS DELICADO
POETA BILBILITANO DE FIN DE SIGLO

por

PEDRO MONTON PUERTO

HOMBRES hay que parecen venir a este mundo condenados, además de al humano dolor colectivo, a hundirse pronto entre las sombras más espesas. Cuando estas criaturas, muy numerosas, no han hecho nada en vida por sobresalir del conjunto, sino que se plegaron sumisamente a las condiciones de su recatada existencia, su destino podrá parecernos triste, pero no dramático. Para que lo sea hace falta la lucha que se ofrece exteriormente a la comunidad entre el ser y el desear; entre el breve paso por la vida y la aspiración de afirmarse en ella permanentemente por medio de obras que no sean estrictamente de "panem lucrando"; obras en las que participó el espíritu como principal motor impulsante y que luego hubieron de plasmarse, utilizando, con mejor o peor fortuna, los medios habituales de comunicación entre las gentes. Es el caso de los científicos puros, de los artistas y, en general, tal vez de modo más profundamente delicado, de los poetas. Entre esa larga fila de malogrados, y al correr de los tiempos de desconocidos fantasmas, figura mi olvidado paisano Pascual Gil Arpa.

CLAVE DE ESTAS PAGINAS

Desconocido fantasma, huésped de las nieblas del más allá es en la actualidad Gil Arpa. La certeza de lo borroso de su huella me lo proporcionó el hecho, casi increíble, de que preparado ya poco menos que para la imprenta el original de la *Antología de poetas bilbilitanos*, libro de próxima aparición cuando escribo estas

líneas, debido a la pluma de mi amigo don Antonio Sánchez Portero —florilugio exhaustivo que abarca desde los romanos a nuestros días, y cuyo mayor defecto es, posiblemente, el exceso de generosidad—, en él no aparecía nada referente a este poeta relativamente próximo a nosotros. Naturalmente, el señor Sánchez Portero enmendó oportunamente, y con verdadera eficacia y detalle de investigador literario, su primitiva y sorprendente falta de información respecto a Gil Arpa.

Pero no por eso el hecho dejaba de ser palpitante y revelador de un desconocido casi general, demostrando que sobre el juvenil cadáver de Gil Arpa cayó, a la par que la losa del sepulcro, otra losa más impenetrable, aunque menos material: la del olvido de cuanto constituyó su peripecia humana y de los frutos de su inspiración.

EL MOZO DEL LABORATORIO

En un artículo biográfico —ni muy extenso ni muy completo— firmado por “X” y aparecido en la revista local *Atalaya* (núm. 3, noviembre de 1935) aparece el siguiente párrafo: “El enamorado del arte, el amante platónico de la Naturaleza, el entusiasta del ideal, sorteaba sus aficiones de artista, sus cariños de poeta, con el matraz y la retorta, con los tubos de prueba y el alambique; y desde el destartado cuartucho del laboratorio, encalabrinado por el éter y el amoníaco, a la sombría redacción del antiguo *Diario de Calatayud*... a ganar el pan escribiendo cuentos, artículos y poesías”. Y antes había dicho el articulista: “...desafiando tranquilo la oscuridad de su origen, la pobreza, inseparable compañera de sus afanes de adolescente, de sus sueños de gloria, en el continuo luchar de su breve existencia”.

Todo ello parece indicarnos que Gil Arpa fue profesionalmente un gris ayudante de laboratorio, de aquellos modestos y primitivos laboratorios de las ciudades chicas en aquel tiempo, casi trastienda de botica o algo parecido. Y que el mancebo completaba su mesada con el trabajo en el periódico de la población, trabajo que no creemos tampoco muy remunerador, pero que le proporcionaba lugar donde ejercitar la pluma, su gran vocación.

LA CORTA VIDA DE GIL ARPA

Breve fue la existencia de Gil Arpa, nos ha dicho el anónimo articulista. Y, concretando más, escribe líneas después: "Víctima de cruel enfermedad, murió a los veinticuatro años". El óbito se produjo, según una esquela de aniversario que poseo, y que, por cierto, presenta algunas irregularidades, el 2 de septiembre de 1884. Guiándonos por todo esto, Pascual Gil Arpa debió nacer en 1860.

De la enfermedad que acabó con él no tenemos más referencia que ese adjetivo tópico de "cruel" embutido en el párrafo transcrito; pero por la edad del muerto y atendiendo a las estadísticas sanitarias de la época, bien pudo ser una tuberculosis pulmonar, dolencia sobre la cual los médicos están de acuerdo en señalar que en personas de espíritu sensible produce cierta exaltación artística e inclinación al ensueño, condiciones muy ajustadas a la forma de ser de Gil Arpa, según los testimonios que nos han llegado sobre el mismo.

Nos interesa hacer constar de modo bien claro que lo anterior no pasa de ser una mera conjetura, a la que nos hemos inclinado también —digamos que por sugestión literaria— por lo característico de la peste blanca entre las élites del Romanticismo, a cuyo movimiento pertenece todavía, con los caracteres degenerativos de los epígonos, nuestro poeta.

DOÑA TERESA DE SAYAS, LEYENDA BILBILITANA DEL SIGLO XIV

Posiblemente la composición más popular de Pascual Gil Arpa durante cierto período de tiempo, fue la titulada *Doña Teresa de Sayas*. A mi inolvidable madre, nacida cinco años después de la muerte del poeta, le oí de niño estrofas de este romance —muy sentimental— grato a los naturales de Calatayud; lo que prueba que muy fragmentariamente la obra de Gil Arpa se resistió a desaparecer, persistiendo en la tradición oral, débil y atenuada, hasta sucumbir por completo.

La leyenda romanceada se basa en el histórico proceso de enemistad de los Sayas y los Liñanes, familias nobles bilbilitanas separadas por hondos rencores, al estilo de Capuletos y Montescos. Al igual que en el seno de aquellas estirpes de Verona se produjo el poético amor de Romeo y Julieta, también en esta leyenda de Calatayud se anuda una mutua atracción, irresistible e irrompible, entre la adolescente doña Teresa de Sayas y el esclarecido y valeroso don Gil de Liñán. La leyenda tiene también ciertos contactos con los Amantes de Teruel, ya que doña Teresa muere de dolor íntimo y no mediante suicidio. Pero más claros quedarán nuestros conceptos copiando la parte del romance en que éste alcanza su "climax" trágico, lo que nos servirá también para observar el estilo de Gil Arpa en ese tipo de romances históricos o legendarios, a la manera del Duque de Rivas o de Zorrilla:

—¿Qué se dice de don...?

—¡Calla!

Que puede oírnos.

—¿Es cierta

la noticia?

—Por desgracia.

—En Ibdes fue, según cuentan.

—Allí murió como un bravo.

—¿Tú le viste?

—En la refriega

juntos entramos, y juntos
nos lanzamos a la brecha,
que abrieron en la muralla
nuestras máquinas de guerra.
Sus ojos lanzaban rayos
en medio de la pelea,
y todos, entusiasmados,
le seguíamos doquiera.
Parecía un loco. Dios
sólo lee en las conciencias,
pero yo creo que estaba
desesperado.

—Y aciertas.

—Al escalar el castillo
subió el primero a la almena,
y allí, en lucha desigual,
gritando: "¡Muero por ella!",
al fin cayó, como un roble
que desgaja la tormenta.
Por el sangriento camino
que su valor nos abriera,
entramos a sangre y fuego
en la vieja fortaleza;

Pascual Gil Arpa, poeta bilbilitano

*y antes de salir el sol
era la jornada nuestra.
—Amor le llevó a la muerte.
¡Pobre don Gil!*

—¡Pobre de ella!

*Oyeron en esto un grito
en el cuarto de Teresa;
entraron apresurados
y se la encontraron muerta.
De sus criados oyó
la conversación entera,
y al saber que era don Gil
quien dijo ¡muero por ella!,
no pudo ya resistir
el peso de tanta pena;
Aceite faltó a la lámpara
que arde de noche en la iglesia;
le faltó imagen al sueño;
le faltó a la flor esencia,
y murió de mal de amores,
de mal de amores, Teresa.*

UNOS POEMAS DE GIL ARPA, RESCATADOS

Ciertas ingenuidades habremos observado en el romance anterior, propias de la corta edad de su autor cuando lo escribiera, así como otros defectos de época, no de las mejores para la poesía castellana. Pobreza de rima también encontramos (ahí están tres "ella" en veinte versos escasos), pero el total tiene fluidez narrativa y encanto novelesco, ya que no verdadera emoción poética. No se utilizaba apenas entonces la belleza sorprendente y prodigiosa de la metáfora, llevada a sus mejores logros del noventa y ocho para acá, y cuando Gil Arpa hace un tímido ensayo de ellas se queda en la común comparación: "... al fin cayó, como un roble que desgaja la tormenta...", "... aceite faltó a la lámpara — que arde de noche en la iglesia, — le faltó imagen al sueño, — le faltó a la flor esencia, — y murió de mal de amores...". En cambio, consideramos de gran fuerza descriptiva, verdadero acierto de condensación retórica, los dos versos "Por el sangriento camino — que su valor nos abriera", para mi gusto los mejores del fragmento reproducido.

Pero no es el romance *Doña Teresa de Sayas* el que más nos interesa con ocasión de desempolvar el recuerdo de su autor. Hace muy escasos días llegó a mis manos un pequeño folleto con sucias cubiertas color de rosa, de dieciséis páginas, impreso en Zaragoza en la Tipografía de Calixto Ariño, en 1881, conteniendo dos composiciones de Gil Arpa.

El folleto en cuestión, de tamaño octavo menor y que según pregona vendían a 2 reales ejemplar en las principales librerías, lo reputo actualmente como una verdadera rareza bibliográfica de tipo localista. Nadie lo ha catalogado ni citado, que yo sepa, ni jamás se refirieron a él mis amigos bilbilitanos devotos y coleccionistas de libros y papeles. Los poemas que contiene, escritos en homenaje a Calderón, al parecer con motivo del centenario de su muerte, se titulan *La vida es la idea* y *Luz del genio*. El primero es una oda de ciento treinta y tres versos; el segundo se descompone en quince décimas, lo que añade un sumando de otros ciento cincuenta.

Por descontado damos que no son poemas de este tipo, ni en cuanto a la forma ni en el fondo, los que mejor pueden dar la medida auténtica, íntima y personal de un poeta; y que igualmente bastan esas condiciones expuestas de longitud, respeto a técnicas clásicas y tema de ardoroso panegírico para producirnos un movimiento de rechace, ya que la poesía ha seguido desde el momento de la impresión del folleto direcciones aceleradas que nos hacen más y más extraño y anticuado aquel esfuerzo y envaramiento de poesía vestida de gala.

En la oda *La vida es la idea*, combina Gil Arpa versos endecasílabos con heptasílabos de modo un tanto anárquico y cambiante, cuyas estrofas no pueden encasillarse ni en la *sextina romántica* ni mucho menos en la *lira* grata a San Juan de la Cruz y fray Luis de León. En algunas de sus partes, pese al empleo del consonante, más parece recordar a Bécquer, entonces con la encantadora vigencia de lo recién descubierto:

... *Qué enérgica protesta
contra la muerte de la idea choca,
y enciende en el espíritu ese aliento
que al torpe error sin compasión consterna
y dice que es la idea como el alma
inalterable, inextinguible, eterna.*

Inalterable, inextinguible, eterna... El joven, casi adolescente entonces, Gil Arpa, que muy pronto habría de morir, se rebela,

si no contra la caducidad carnal que pronto se aprende, con el no dejar huella entre los hombres. El lo pretende —de ahí el dramatismo de su debatirse a que aludíamos al principio de estas páginas— y en esa lucha entre la materia herida, entre su volar por la tierra ya con plomo en las alas, y el fuego interior que portaba, insiste en una de las más bellas décimas de este folleto casualmente recuperado:

*La cárcel, como de barro,
ruin y pequeña ha de ser
para el germen contener
del pensamiento bizarro;
en deleznable desbarro
se dispersa y desmorona,
y el genio, a quien no aprisiona
el tosco polvo del suelo,
vuela a sostener del cielo
la bóveda por corona.*

¡Pobre Gil Arpa! Ciertamente él no fue un genio, ni tampoco le dio la vida tiempo para alcanzar algo más de lo que alcanzó. Pero lo poco que queda de su obra nos lo representa como un doncel doliente, el más delicado poeta del fin de siglo bilbilitano. El folleto, caído en mis manos como una carta, como un mensaje depositado por el ultramundo, me da ocasión para soplar sobre el ascua inmortal que queda entre las cenizas del pasado y el “tosco polvo del suelo”.

POST SCRIPTUM

En el momento de corregir pruebas, ya en la calle la elaborada *Noticia y antología de poetas bilbilitanos* a que me refiero en mi texto, he de consignar que el autor del mencionado libro atribuye la leyenda poética sobre doña Teresa de Sayas al un día popular novelista local don Juan Blas y Ubide. Hace esta afirmación por haber tenido en sus manos, según dice, un volumen de poesías del señor Blas y Ubide donde figura el romance en cuestión. Ante ello, contemporáneos don Juan y Gil Arpa, puede casi asegurarse que el autor de la leyenda es el primero y que la revista *Atalaya* cometió, en 1935, un grave error, cuyos orígenes no se nos alcanzan, al reproducir estos versos.

Todo este pequeño suceso de suplantación confirma más y más lo huidizo e incierto de la personalidad de mi romántico paisano, y acrecienta el valor del rarísimo hallazgo de esa parte de su obra impresa que tengo en mi poder.